



Cultura Obrera



EDUCACION ORGANIZACION EMANCIPACION

Periódico obrero, de doctrina y de combate

Published every Saturday at 119 Charlton St., New York, N. Y. by Círculo de Estudios Sociales

P. ESTEVE, Editor
119 Charlton St. New York City
Teléfono: Spring 6247

VOL. IV. NUM. 169
New York, N. Y. 5 August 1916

One Year \$ 2.00
25 Copies \$ 0.50
Single Copie \$ 0.05

ENTERED AS SECOND-CLASS MATTER APRIL 11, 1914 AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, N. Y., UNDER THE ACT OF MARCH 3, 1879

LA GUERRA SOCIAL

Es la única por la cual puede darse gustoso la vida. Ella, sólo ella, nos redimirá a todos. Su acción es a la par constante y eficaz. Eleva el sentimiento moral de los hombres, robustece sus músculos; les da valor y fuerza. A no ser por ella la humanidad se estancaría.

Por eso, nos da ánimo, mucho ánimo, movimientos como el que están efectuando los mineros en el Minnesota. Huelgas, las hay todos los días; pero pocas toman el carácter revolucionario de la citada. No es la lucha de los mineros contra la compañía explotadora, sino la de los trabajadores contra el capital. Esperan su triunfo, no de su acción aislada, sino de la cooperación de los demás trabajadores. Su gran esperanza es la solidaridad.

Luchan ellos bravamente, no se duermen. No les arredran las escaseces, ni les atemorizan los genzaros. Luchan bravamente de verdad. Saben que sus explotadores recurrirán, sin miramiento alguno, a los más bajos medios para vencer; y no les temen seguros de poder contar con el apoyo moral y material de sus hermanos de fatigas, conscientes de su razón, de su derecho, de su fuerza.

No quieren ser envueltos en el silencio, morir de inanición, sino agitar para, si hubiera que caer, hacerlo con la cabeza levantada y la mirada altiva.

Otras huelgas ha habido de mucho mayor número de obreros, de carácter más violento que nos han impresionado infinitamente menos. Es de poco valor ir a la huelga, reclámese cuanto sea, sin salirse del círculo del propio oficio. Viene a ser como un acreedor que exige al deudor parte de su deuda, sin que tal acción interese en general a los demás. Ir a la huelga, no importa que sea mínima la reclamación, y clamar por el apoyo de todos cuantos crean justa la petición, es acto trascendental. Equivale a convertir en ideal de justicia la propia acción. No es más un asunto entre dos partes beligerantes; sino un empeño de hacer triunfar la justicia de una causa. Comparad la huelga de los tranviarios de New York y la de los mineros de Minnesota y veréis enseguida la gran diferencia que va de una a otra.

En la primera ha ido a la huelga una, dos, tres líneas de tranvías, irán tal vez todas las de la ciudad; han luchado con bravura también contra los traidores a su causa, y no les espantan tampoco los esbirros de las compañías que los explotan; pero nada han pedido a los demás trabajadores, no se han preocupado de interesarlos en la brega. Y el conflicto se produce sólo entre empleados y empleadores. Los mineros del Minnesota han puesto en manos de los defensores de la verdad y de la justicia su causa, y la lucha se ha extendido por todo el país. Ya no hay casi ciudad ni pueblo donde no celebren mítins en las esquinas de las calles, en las plazas y parques agitando a los trabajadores en pro de los valientes luchadores del Minnesota, pidiendo para ellos solidaridad moral y material. El aumento de salario o la disminución de las horas de trabajo pasan a un lugar secundario; lo principal, lo que se anhela es hacer morder el polvo a los enemigos de la clase trabajadora, a los que no contentos con explotarla infamemente, todavía quieren esclavizarla al punto de negarle el derecho a reclamación alguna.

Esta deslinda los campos, pone uno en frente de otro a los enemigos verdaderos, al pueblo y a la burguesía; la otra, en el fondo, busca armonizarlos, pactando treguas más o menos largas. Por eso, de la primera la prensa burguesa no dice nada, o la presenta como la obra de unos cuantos agitadores; mientras llena columnas relatando la segunda y excita a efectuar un convenio que traiga la paz entre los contendientes.

Paz que nunca debiera existir. Entre el ladrón y el robado, el opresor y el oprimido, el engañador y el engañado, no cabe más que la lucha perenne, la guerra sin cuartel. La vida de los primeros, depende de la muerte de los segundos. Los pactos, los convenios entre ambos sirven sólo para prolongar el malestar, el latrocinio, la opresión, la falsedad sobre los robados, los oprimidos, los engañados.

Hay, pues, que intensificar siempre la guerra, hacerla social, no particularizarla. Todo cuanto tienda a hacer más odioso el infame régimen actual es de gran eficacia para la humana emancipación.

No seamos indiferentes ante ningún movimiento obrero que se encare con los capitalistas; ayudemos moral y materialmente a cuantos de uno u otro modo busquen elevar el nivel intelectual y

mejorar la condición económica de los trabajadores; pero, sobre todo, militemos al lado de los que no van tras una tregua, y que combaten contra los particularismos entre la clase obrera, y que abordan el abismo que separa a las dos clases forzosa, fatalmente rivales: la capitalista y la trabajadora.

Los mineros del Minnesota no cuentan con ninguna caja de caudales, ni con otro apoyo que el que pueden darle los demás trabajadores. Varios de los que de otras localidades han ido a ayudarles han sido encarcelados, acusándoles, nada menos, que de asesinato en primer grado; la prensa noticiara no da noticias de este importantísimo movimiento, ¿quien que se precie de obrero consciente dejará de convertirse en un militante de la huelga de los mineros del Minnesota? Hablad a vuestros compañeros del taller, interesad a la Unión de que forméis parte, contribuid todo cuanto podáis a dar pujanza a este movimiento seguros de intensificar así la guerra social.

Toda guerra es liberticida

Desde el momento que las hostilidades se inician, en toda nación beligerante, sean cuales fueren hasta entonces sus libertades y progresos, el bárbaro poder militar lo domina todo y lo absorbe todo; no hay más norma de vida que el despótico «orden y mando»; en el sable se condensa toda razón; con la disciplina cuartelaria se mide y se pesa todo; los derechos, aún siendo muy pobres, son anulados; las garantías, a pesar de su mezquindad, quedan abolidas; no es ni someramente lícito escribir ni hablar; el domicilio no merece ningún respeto; se interviene y usurpa la correspondencia postal y telegráfica, con el más imperioso descaro; se nulifica todo concepto de autonomía individual; la personalidad humana es reducida a cosa insignificante, y las cosas, como fusiles y cañones y bombas, alcanzan la categoría de culminantísimas personalidades; no existe la más molecular independencia; toda civilidad es deshecha; todo ciudadano, por lo menos, ha de colaborar forzosamente con los ejércitos, de una traza o de otra, si no quiere ser considerado como enemigo y castigado con crueldad; todas las actividades han de converger en matar y en destruir; se impone en todo y a todos la más gregaria uniformidad de pensamiento y de acción; expresar una corta iniciativa constituye un máximo crimen; todas las notas y todos los colores han de resumirse en uno; ni en lo remoto se admiten más verdades que la infalible e intangible verdad oficial; todo el país se convierte en cuartel y en cementerio; todas las dudas se resuelven a tiros; la más simple sospecha se aclara con sangre; amontonando cadáveres y más cadáveres se soluciona toda cuestión; la vida de los seres humanos no tiene en sí y por sí el más exiguo valor, y sólo vale en cuanto puede quitar otras vidas; la fe-

rocidad es la propulsora exclusiva; las armas, movidas por los más groseros instintos, asumen las facultades sensoriales y mentales y afectivas; se existe para atormentar o para ser atormentados; hasta se llega a pretender adivinar las ideas que apenas se forjan en los cerebros, pues basta la más oscura insinuación, el más sencillo ademán, la más usual locución, para lanzar contra las personas las acusaciones más graves y definitivas, epilogadas sumariamente por la afrenta y por la muerte.

De que esto es así y sólo así, certifica de modo pleno y axiomático, toda la Historia de la Humanidad, con batallones y más batallones de hechos consumados, con escuadrones y más escuadrones de patentísimas e irrefutables realidades.

Negar que, en cualquier nación en guerra, todo y todos quedan anarrados al absolutista poderío militar, sería equivalente a negar que el estómago digiere, que el cerebro piensa, que todos los cuerpos se dilatan con el calor, que anarquía y autoridad son términos por entero oponentes e inconciliables.

Nada cual la guerra nivela a las naciones, colocándolas en la misma triste situación de miseria, de esclavitud y de sufrimiento. Valiéndose de todas las violencias, de todas las maldades, la guerra es la gran oprimente, la mayor unificante, la suprema acefalizadora. Su monotonía es el sumo aplanamiento.

En corolario, si la guerra, cualquier guerra, toda guerra, desde el instante de su inicio, aniquila toda libertad relativa, destruye todo derecho limitado, acogota todo progreso incompleto, ¿qué libertades, qué derechos, qué progresos pueden ser resueltos en la guerra, sea el que quiera el resultado final? ¿Cómo es posible que con la guerra, a lo largo de la guerra, se defienda, por parte de nadie, todo aquello que ella misma

comienza por desbaratar? ¿De qué manera es dable admitir, que determinadas naciones beligerantes sean las defensoras de las libertades menguadas, que unas y otras invalidaron por completo y por igual, a raíz de haber empezado a hostilizarse? ¿Por cuales milagrosos medios, la civilización (que se deriva de «civil» y no de militar) puede ser debatida excepcionalmente en la guerra actual, que principió, más que ninguna otra, arrasando toda modalidad civilizadora, y que es el más concentrado resumen de todos los salvajismos?

Si se aguanta que, contra toda razón y evidencia, haya en el campo anarquista quienes sostengan con terquedad que la presente guerra, esencialmente liberticida, es una guerra de ideas, ¿cuántos y cuales absurdos, cuántos y cuales contrasentidos no será fácil sostener después?

J. M. Blazquez de Pedro.

Panamá.

EXPLICACIÓN NECESARIA.

A primeros de Octubre de 1915, envié a «Tierra y Libertad», de Barcelona, en carta certificada, un artículo como el precedente, acompañado de otros dos. La carta no ha llegado a su destino. Sin duda la censura militar francesa, arbitraria y tozuda fisonomía de la correspondencia española, se creyó autorizada para hacer prisionera a mi pacífica carta y a todo su contenido. Como yo he refrendado siempre con hechos, mis propagandas en pro del cultivo de la omnipotente voluntad vuelvo a escribir uno de los artículos apasionados, sin desistir hacer pronto lo mismo con otros dos. Pero ahora, por visión, se le remito a CULTURA OBRERA, de Nueva York;orando que «Tierra y Libertad» reproduzca, para darme el gusto de burlar así a los fisonomías de republicana y liberal Francia.

B. DE F.

GOTA A GOTA

Está visto que los juanones seguirán repitiéndose en el mundo en tanto la máxima de sus «siempre habrá pobres y entre vosotros», sea una realidad. Según cuentan, John D. Rockefeller acaba de instituir una clínica del crimen en la prisión Sing Sing. El «buen hombre» entender, parece, que se pone curar a los criminales. Biera valido más que no lo hiciera.

La clínica criminal de Sing, a lo más, podrá dem

